

CAPITULO SEGUNDO.

Historia de la escuela francesa moderna.—Ideas preliminares.—Filósofos racionalistas.—Pouilly.—Maupertuis.—Lignac.—Jaucourt.—Monestrier.—Saint Martin.—La Romigiere.—Thurot.—Maine de Biran.—De-Gerando.—Filósofos sentimentalistas.—Montesquieu.—Rousseau.—Necker.—Stael.—Filósofos dogmáticos.—Maistre.—Bonald.—Introduccion de las doctrinas escocesas.—Royer Collard.—Cousin.—Jouffroy.—Eclectismo moderno.

Ya hemos visto en el capítulo anterior echados los cimientos del sistema psicológico por la escuela escocesa, pero no por eso podemos dar por terminada su historia. Las doctrinas de Reid y de Dugald Stewart herian profundamente el sistema empírico cuando se hallaban en su mayor auge, y era imposible que no trascendieran á los países sometidos al imperio de Locke y de Condillac. La Francia se hallaba en este caso, y la esposicion que hicimos en nuestra primera parte de la historia y doctrinas del sistema empírico es una prueba de esta verdad. Pero si bien el siglo XVIII en Francia fué el siglo de Bacon y de Locke, y lo mismo los literatos que los políticos, los hombres consagrados al estudio de las ciencias naturales como los filósofos, todos pagaban tributo al ídolo de la observacion sensible, como origen único de todas nuestras ideas y de todos nuestros conocimientos, no fué tan absoluta su influencia en la misma Francia, que no aparecieran

en la escena algunos filósofos, que llevados, unos de sus propias convicciones, y otros arrastrados por el sentimiento presentarán, ó sus escrúpulos ó sus objeciones contra la filosofía reinante, que queria absorberlo todo. Daremos, pues, á conocer estos filósofos, aunque sea rápidamente, como preliminar de la introduccion en aquel pais de las doctrinas escocesas.

FILOSOFOS RACIONALISTAS.

POUILLY.

Hecho general el sensualismo en Francia creó una sociedad muelle y material, que solo se proponia dulcificar la vida para librarse de sus sinsabores, y solo el hacer un llamamiento al placer que liga á la virtud, era un esfuerzo heroico en medio de aquel escepticismo. Esto es lo que hizo Luis Juan de Pouilly (1691), natural de Reims, en la obra que publicó titulada *Teoría de los sentimientos agradables*. Este filósofo, cediendo á la influencia del siglo, pagó su tributo á la observacion, pero, cosa singular, fué el primero que despertó la idea de aplicar el método baconiano al estudio de los fenómenos psicológicos, idea que ha servido despues de base á los filósofos escoceses para sentar su teoria.

MAUPERTUIS.

Mucha mayor influencia ejerció Pedro Luis Moreau de Maupertuis (1698), natural de Saint Malo y presidente perpétuo de la academia de Berlin, por la especial proteccion que le dispensó el Gran Federico. Hecho notable este filósofo por su expedicion á

la Laponia, para verificar la teoría de Newton sobre el aplana-
miento de los polos, se le tuvo por el hombre mas extraordinario
de aquel siglo, pero pasado el entusiasmo que produjo aquel des-
cubrimiento, pronto la opinion le redujo á sus verdaderas con-
diciones. Sus principales producciones son *Ensayos de cosmología
y de filosofía moral*, en las que consignó sus opiniones, que le
enagenaron las simpatías de todo el partido filosófico. Cree Mau-
pertuis, que las mejores pruebas de la existencia de Dios descan-
san en el magnífico espectáculo que presenta la naturaleza, no mi-
rada en sus detalles, sino en su conjunto, en su universalidad y
su simplicidad, que son los caracteres de la evidencia, y que apa-
reciendo estos caracteres en la geometría y astronomía, en ellas
es donde debe buscarse la prueba de la existencia de Dios. Tam-
poco cree, que la esperiencia, á la que sin embargo tributa su culto,
dé la parte necesaria, inmutable y eterna de nuestros conocimien-
tos, salvándose asi de la nota de empírico. Pero si sacudió este
yugo, sufrió el del escepticismo con relacion á la existencia del
mundo exterior, alucinado con la teoría de las ideas representa-
tivas, y no pudo ocultar sus tendencias á las doctrinas de Berke-
ley. Mas franco fué en combatir el ateismo y el panteismo, ha-
ciendo ver á sus defensores con todo el entusiasmo que inspira
el sentimiento religioso, que tan difícil es concebir un Dios uni-
verso como un Dios espíritu, teniendo por tan insensato al que
seburla de la religion sin entenderla, como al que la rinde su ado-
racion sin examinarla. Siendo Maupertuis eminentemente spi-
ritualista, sin ser decididamente empírico, es extraño, que sienta
como base de su moral el deseo de ser dichoso, lo que acredita
que ninguno vive fuera de su siglo, si bien es de admirar la in-
dependencia de este filósofo en haber sostenido sus creencias re-
ligiosas y filosóficas hasta su muerte, y por cuya razon decia
Voltaire en tono burlesco, que Maupertuis habia muerto entre dos
capuchinos.

LIGNAC.

Adversario mas decidido fué de la filosofía reinante el abate Lignac (1700), sacerdote del Oratorio y natural de Potiers, por mas que sus obras apenas llamaran la atencion, como lo dice él mismo. Escribió varias obras, siendo las mas notables sus *Elementos de metafísica* y una refutacion contra los fatalistas modernos. En ellas combate las doctrinas de Locke, y busca por teatro de sus reflexiones la observacion y la esperiencia, para no salirse del mismo terreno de sus adversarios. Pero esta observacion la hace sobre el sentido interno, estudiando los fenómenos del alma, y sosteniendo, que ni el sentimiento de nuestra existencia ni nuestra unidad, ni nuestra identidad, ni las cualidades que advertimos en nosotros mismos, de ser inteligentes, activos y libres, no entran en nuestra alma por los sentidos, porque las sensaciones siempre variables y puramente pasivas no pueden darnos la idea de nuestra voluntad, siempre activa, y aun cuando no existan, jamás pueden borrar el sentimiento de nuestra existencia. Lignac en la teoría de las ideas se separa de Mallebranche, se separa de Locke. El primero ve las ideas en Dios, es decir, en el infinito, mientras el segundo las hace variables y finitas, porque reduce el infinito á una negacion, y Lignac adopta un término medio, que si no satisface, acredita su buen sentido y dice con verdad, que solo Locke puede corregir á Mallebranche y Mallebranche corregir á Locke en esta cuestion. Lignac combate con todas sus fuerzas el materialismo, haciendo ver que no hay asimilacion posible entre los fenómenos del cuerpo y los del espíritu, y con este motivo recorre los fenómenos de la percepcion esterna, la noción de espacio, la idea del infinito, todas nuestras facultades reconocidas por la conciencia, que son incompatibles con los atributos de la ma-

;

teria. Defensor siempre este filósofo de las buenas causas combate tambien el fatalismo, y sienta la libertad como un hecho, sin que haya necesidad de razonamiento para probarla. En fin, Lignac tiene el mérito de haber combatido las exageraciones del cartesianismo y del empirismo, siendo partidario decidido de la observacion psicológica, y en este concepto el precursor de las doctrinas escocesas. Proclama en sus obras la independencia de la razon en materias filosóficas, y es este un titulo mas á la estimacion de los hombres de buen sentido.

JAUCOURT.

Amigo de Mably, de Condillac, de Malesherbes, y muy querido de Rousseau y Voltaire, tuvo la virtud el caballero Luis Jaucourt (1704), natural de París, de mantener las tradiciones del espiritualismo, en medio del desbordamiento que le rodeaba. No escribió ninguna obra formal que pudiera eternizar su memoria, pero en su lugar fué un infatigable colaborador de la Enciclopedia, sin haber penetrado nunca el pensamiento oculto que guiaba á sus principales directores, sirviendo extraordinariamente á la estension y propagacion de la obra su crédito de hombre de bien y hombre de ciencia, por las infinitas relaciones que le ligaban con la mayor parte de las corporaciones científicas de Europa. De todas maneras el caballero Jaucourt, se libró del contagio, y aunque gustaba que al pueblo se le pusieran de manifiesto todos los sistemas y todas las opiniones, mantuvo con firmeza en sus muchos discursos y disertaciones la causa del espiritualismo, siendo un acérrimo panegirista de las doctrinas de Leibnitz.

MONESTRIER.

Discípulo del abate Lignac, cuyas inspiraciones siguió en un todo, fué Blas Monestrier (1717) natural de Clermont, y profe-

sor en Tolosa, en la obra que tituló *Verdadera filosofía*. En ella se presenta como partidario de la experiencia, y allí combate á los filósofos empíricos. No hay fenómeno en nuestra naturaleza que no haga conocer la distincion del alma y del cuerpo, y hasta la sensacion, que es la mas vecina del cuerpo, se realiza en el alma y no en los órganos. No admite las ideas innatas, pero reconoce ideas primitivas, como la de unidad, de ser, de tiempo, de espacio, de afirmacion, de negacion y otras, que la sensacion no da, y prestan materia para la formacion de ideas secundarias, agregándose á unas y otras las ideas sensibles, que despues rectifica y generaliza la razon, siendo la idea mas fundamental del espíritu la del infinito, que conduce á probar la espiritualidad é inmortalidad del alma, y la existencia de un Dios-Providencia. Así se esplica Monestrier, que si en el fondo defendió la doctrina cartesiana, fué desgraciado en las formas por el estilo hinchado, poco gusto y plan desarreglado de su obra.

SAINT MARTIN.

Para dar á conocer á Luis Claudio de Saint Martín (1743), natural de Amboisa, y sus opiniones, referiremos lo ocurrido en las escuelas normales en la época de su apogeo y en ocasion de estar encargado de la cátedra de analisis del entendimiento humano. Garat, cuyas doctrinas nos son ya conocidas. A pesar de verse reducida la filosofía á tan estrechos límites en la primera época de las escuelas normales, como que no habia mas cuestion que la del origen de las ideas, todos tenian el presentimiento de que las cuestiones científicas, sociales, y morales, todas tienen su raiz en la filosofía, y que á ella es preciso recurrir como á la fuente, y en este concepto lo mas escogido de la Francia concurría á las escuelas normales, y especialmente á la cátedra de analisis del entendimiento humano. En esta cátedra estaba señalado un dia

por semana para poner los discípulos objeciones ó pedir mayores esplicaciones, y en uno de ellos como Garat criticara duramente la famosa proposicion de Rousseau, de que el lenguaje ha debido ser necesario para la formacion del lenguaje, Saint Martin desde su banco y en medio del numerosisimo concurso, tomó de su cuenta la defensa de Rousseau, y se empeñó entre catedrático y discípulo el diálogo siguiente:

C. ¿Intentais sostener por ventura, que hay en el hombre un órgano de inteligencia distinto que nuestros sentidos exteriores y nuestra sensibilidad interior?

D. Si, lo sostengo.

C. ¿Un órgano de inteligencia?

D. Si.

C. ¿Sosteneis como doctrina que sentir las cosas y conocerlas son cosas distintas?

D. Si, estoy persuadido de ello.

C. Pero cuando yo recibo, en presencia del sol, las sensaciones que me comunica este astro brillante, que calienta é ilumina la tierra ¿conozco mas que las sensaciones que recibo?

D. Vos sentis las sensaciones; pero las reflexiones que hagais sobre el sol, pero los..... El profesor le interrumpe bruscamente, y revestido de un tono magistral, dijo:—Es preciso que sepan todos los que me escuchan, que esta doctrina en la que suponeis que nuestras sensaciones y nuestras ideas son cosas diferentes, es el platonismo, el cartesianismo, el malebranchismo, que intentais resucitar. Cuando se tiene fé es muy digno profesarla y profesarla muy alto, pero esta fé no es posible tenerla en la metafísica, como se tiene en la física. La filosofía observa los hechos, los clasifica, los combina, pero no los separa nunca de los resultados inmediatos, sea en su simplicidad, sea en su combinacion. Mallebranche y Platon no proceden de esta manera, uno y otro suponen en el hombre agentes, que no nos son conocidos por ningun hecho sensible, y hechos que tampoco nos son conoci-

dos por ninguna de nuestras sensaciones. Semejantes agentes son precisamente esos ídolos, que por tanto tiempo han obtenido del espíritu humano un culto supersticioso, culto que han recibido en las escuelas como templos, pero cuyas estatuas y altares despedazó el primero el gran Bacon. Si á la apertura de las escuelas normales y de las escuelas centrales pudiesen estos ídolos penetrar en ellas, seria la mayor desgracia, porque serian una rémora para los progresos de los conocimientos y una ruina evidente de la filosofía, y por lo tanto es en mí un deber sagrado, como profesor del analisis, tratar esos ídolos con el desprecio que se merecen.» Saint Martin selló sus labios, y ahogó sus convicciones, y fué víctima de la intolerancia del profesor y de la reprobacion general, por haber suscitado dudas sobre una cuestion, que en aquella época se tenia por inatacable. Saint Martin, llamado despues el filósofo desconocido, estuvo muy distante de renunciar á sus creencias, y publicó varias obras, todas en sentido místico, y, por consiguiente, antisensualistas, despues de haber sido el traductor y comentador de las obras de Jacobo Bøhme, y por cuya razon Mr. de Maistre dice ser el mas elegante de los teósofos modernos.

LA ROMIGIERE.

Mas encerrado en el elemento filosófico, causó mayor estrago La Romigiere (1756) en el sistema empírico, porque minó mas de cerca sus principios, si bien apareció siempre con la investidura de condillarista. Este filósofo, natural de Noverga, dió lecciones publicas de filosofía en París en los años de 1811 y 1812, siendo individuo de la Academia de ciencias morales y políticas. En sus *Lecciones de filosofía* trata las mas graves cuestiones, que en aquella época absorbían todas las inteligencias, como la del origen de las ideas y el estudio de las facultades del alma bajo de

un principio rigurosamente sistemático. En la primera, es decir, en la batallona cuestion del origen de las ideas, La Romigiere cree, que no pueden seguirse rigurosamente las doctrinas de Locke ni de Condillac, porque ni la reflexion, segun el primero, ni la sensacion, segun el segundo, dan ni pueden dar las ideas de relaciones, ni las ideas morales, y de esta manera La Romigiere destruye por su base el sistema empírico, que siendo absolutamente exclusivista, desaparece desde el momento que se admiten otros orígenes de ideas que no sea la sensacion, en el hecho de reconocer el sentimiento de relacion y el sentimiento moral al lado de la sensacion y de la reflexion para darnos ideas, y desde este acto La Romigiere dejó de ser empírico, por mas que valiéndose de voces encerradas en la esfera de la sensibilidad, haya querido disimular su desercion del condillarismo. Lo mismo sucedió en el estudio, que este filósofo hizo de nuestras facultades. Conforme con Condillac en reconocer la existencia de una facultad generadora de todas las demás bajo el riguroso principio de la unidad, y que para este filósofo era la sensacion, La Romigiere destrona á esta, y en su lugar coloca la atencion, revistiéndola de la misma virtud de ser creadora de todas las demás facultades, y desde este acto destruyó tambien la base fundamental del empirismo, pues siendo la atencion una facultad de la inteligencia, dejó de estar el origen de las ideas en la esfera sensible y pasó á la esfera racional. Convertida la atencion en origen único de ideas, La Romigiere la hace sufrir las mismas variaciones, que Condillac habia hecho con la sensacion, pasando en el orden intelectual de la atencion á la comparacion y de la comparacion al razonamiento que todo junto se llama entendimiento; asi como en el orden moral, de todas estas facultades reunidas, hace que nazca el deseo, del deseo la preferencia, de la preferencia la libertad y todas juntas la voluntad. De esta manera para este filósofo el alma entera se reduce á entendimiento y voluntad. Estas son las variaciones profundas que introdujo La Romigiere

en la filosofía empírica, que si no produjo un cambio notable en las opiniones condillaristas, que exclusivamente reinaban en Francia, fué un paso preliminar, que anunciaba el advenimiento de las doctrinas escocesas, y con ellas la ruina y descrédito del empirismo.

THUROT.

Tambien contribuyó á esta obra de destruccion Francisco Thurot (1768) natural de Issoudun, famoso helenista, que era una cualidad rara en el siglo XVIII. Despues de darse á conocer como traductor de muchas obras filosóficas griegas, publicó otras suyas, siendo la mas notable la titulada *Del entendimiento y de la razon*. En la parte que trata del entendimiento divide los hechos psicológicos en conocimiento, ciencia y voluntad. Cuando los explica, no se encierra en la sensacion, pues si bien entra como elemento, reconoce la percepcion que la sigue, y la concepcion del principio de causalidad, con lo que arruina por su base el sistema empírico. La voluntad de generalizar estas percepciones, valiéndose de los signos del lenguaje como instrumento, es lo que constituye la ciencia; y al explicar la voluntad, no solo examina el instinto, el hábito, la espontaneidad y la libertad, sino tambien los sentimientos, que divide en sentimientos personales y sentimientos simpáticos, reconociendo además una facultad particular de percepcion moral, que juzga del mérito y demérito de las acciones. En su segunda parte, que trata de la razon, explica las reglas de la lógica y todos los métodos para el descubrimiento de la verdad, dando su preferencia á la observacion, y, por consiguiente al método inductivo. De todas maneras Thurot se desprendió de los lazos del condillarismo, y se presentó como verdadero racionalista, tributando un profundo respeto al sentimiento

religioso, procurando distinguirle de los intereses religiosos, que á su juicio están las mas veces en oposicion.

MAINE DE BIRAN.

Pero uno de los filósofos que, sin afiliarse á ninguna escuela, y por su propia cuenta se alejó mas de la doctrina empirica, fué Francisco Gonthier Maine de Biran (1766) natural de Bergerac en Francia. La historia filosófica de este hombre es la historia de su pensamiento, en términos, que haciendo una esplicacion de la marcha que éste llevó, tendremos un exacto conocimiento de las vicisitudes, que fué experimentando su alma, segun se iba internando en las profundidades de nuestro ser (1794). Maine de Biran publicó una memoria sobre *la influencia de los signos*, y en ella se presentó como puro condillarista, siendo á sus ojos Bacon y Locke los fundadores de la ciencia, y Condillac el que destruyó los delirios, que se decoraban con el pomposo nombre de metafísica (1802). El Instituto concedió el premio á una obra que Maine de Biran publicó titulada *Influencia del hábito*. En ella sienta como un axioma, que la facultad de sentir es el origen de todas las facultades, que es el credo de la escuela empirica, pero al hacer el analisis de las sensaciones, encontrando unas distintas de otras, llega á reconocer, que el hombre es activo en la percepcion y pasivo en las puras sensaciones, y desde este acto Maine de Biran introduce la actividad en el conocimiento, que es estraña é incompatible con el sistema condillarista. Esto no impidió, que los filósofos de la escuela ideológica decretaran el premio al autor de la influencia de los signos (1805). En otra memoria, que también fué premiada por el Instituto, titulada *Descomposicion del pensamiento*, ya se presenta Maine de Biran mas en claro. El principio activo, que tuvo necesidad de reconocer en la memoria anterior, aparece aqui desenvuelto con el nombre de esfuerzo, y

creo tan preciso el reconocimiento de este principio, que sin él no puede concebirse en el hombre el deber ni la libertad, y con este motivo se queja amargamente de Bacon, por haber dado ocasion, á que se confundieran los hechos fisiológicos con los internos, y le achaca la ruina de la filosofía del siglo XVIII. Maine de Biran ya no es condillarista, pero su alma no se detiene en este punto (1813). En su obra titulada *Ensayo sobre los fundamentos de la psicología y sobre las relaciones con el estudio de la naturaleza* desenvuelve una teoría formal, y en el principio activo, que fué la primera chispa que se despertó en su alma, y que supone ser el hecho primitivo del sentido íntimo representado en el—yo quiero—que es el acto del esfuerzo, que es la voluntad, recibe un desenvolvimiento asombroso en las cuatro formas reales, que este filósofo da á nuestra existencia. Reconoce como primera forma el *sistema afectivo*, en el que el hombre no se ha elevado por cima de la animalidad; el *sistema sensitivo*, que representa la infancia de la humanidad; el *sistema perceptivo*, por el que aplica el hombre las ideas generales á los fenómenos de la naturaleza; y, en fin, el *sistema reflexivo* por el que se entrega el hombre á las concepciones absolutas de la razón y se estudia á sí mismo. Todos estos estudios Maine de Biran los ha encerrado en el estrecho círculo de la psicología, y critica duramente los que salen fuera de sí mismos, para fundar sus teorías, y cuyo abuso ha dado origen á los extravíos de los metafísicos y de los sensualistas, por buscar unos en el mundo sensible, y otros en el mundo del infinito, los principios, que solo puede dar el estudio del sentido íntimo (1822). Sin embargo, Maine de Biran no fué en los últimos años de su vida tan fiel observante de este principio, cuando se ve en su última obra titulada, *Nuevos ensayos de antropología*, lanzarse al campo de la ontología, y reconocer allí una nueva forma, una nueva vida del espíritu que identifica al hombre con Dios, subordina su voluntad á la voluntad del ser, que es el ideal de toda belleza y de toda perfección. Maine de Biran que comenzó

su carrera filosófica por ser el admirador del Tratado de las sensaciones de Condillac, concluyó su vida en 1824 entregado á la lectura de la *Biblia* y de la *Imitacion de Cristo*.

DE-GERANDO.

Sino en tan grande escala, la misma gradacion de opiniones se advirtió en José María De-Gerando (1772), natural de Leon de Francia, é intendente que fué por los franceses en 1812 del principado de Cataluña. Este filósofo que la revolucion obligó á es-patriarse, y que vuelto á su patria en 1796, se inscribió voluntario en el ejército de Italia, llamó luego la atencion por una memoria que presentó á la Academia de ciencias morales y políticas, sobre los signos y el arte de pensar, siendo entre otras la que obtuvo el premio. En ella (1800) De-Gerando se presentó como puro condillarista, reconociendo como principio fundamental de todos los conocimientos la sensacion, ó la impresion de los objetos exteriores sobre los órganos, debiéndose los grandes adelantamientos hechos sobre tan mezquina base al uso del lenguaje, que modifica nuestras ideas, forma las ideas abstractas y complejas, auxilia los razonamientos y perfecciona los juicios, deduciéndose de aqui la máxima tan repetida por Condillac, de que una ciencia es una lengua bien hecha. No tardó De-Gerando en perder esta posicion, pues habiendo publicado muy luego (1802) otra memoria sobre la *Generacion de los conocimientos humanos*, si bien reconoce en ella ser la esperiencia el origen único de nuestros conocimientos, ya admite ser la conciencia con exclusion de los sentidos, origen de las ideas de sustancia, unidad, identidad y otras. Esta reforma, unida al respeto profundo y tolerante que tributa á todas las opiniones y á todos los filósofos, cosa estraña en aquel siglo, le hacia ya alejarse de sus primitivas creencias. En efecto, en su gran obra *Historia comparada de los*

sistemas de filosofía relativamente á los principios de los conocimientos humanos (1805) si bien da una preferencia á la esperiencia como origen de ideas, y somete el exámen de todos los sistemas antiguos y modernos á esta estrecha base, concluye por repudiar el gran principio de Condillac, de no reconocer otro origen que la sensacion, niega el vigor de su analisis y de su lenguaje, y hace una marcada distincion entre la actividad del alma y la sensibilidad. De-Gerando, como Maine de Biran, dejó de rendir culto al ídolo que en su juventud habia creído invulnerable, y desertó del campo sensualista, como resultado forzoso de sus nuevas convicciones, nacidas en gran parte del ensanche que recibió su alma al reconocer el vasto campo de la filosofía, para darnos á conocer su historia.

En fin, el edificio sensualista en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX en Francia, cuando las doctrinas escocesas apenas eran conocidas, se hallaba ya fuertemente conmovido por libres pensadores, que estudiando mas á fondo el fenómeno de la sensacion, fueron advirtiéndole en él cada vez mas flancos débiles por donde atacarle, y si nos propusiéramos dar la lista de los soldados que asaltaron la brecha, tendríamos que citar á Premontal, Bergier, Prevost, Massias, Bernad, Virey, Keratry, Droz y otros muchos, pero creemos suficientes los ejemplares que hemos presentado para hacer ver, que en el mismo campo de la filosofía con solo las armas de la razon, y antes de recibir ningun auxilio de la Escocia, la filosofía sensualista estaba herida de muerte, contribuyendo no poco á su ruina otros filósofos, que sin internarse en el estudio de la sensacion protestaron en nombre del *sentimiento* contra las horribles consecuencias que se deducian del sensualismo en el orden de la moral, de la religion y de la ciencia.

FILOSOFOS SENTIMENTALISTAS.

MONTESQUIEU.

El primero que se presenta en este sentido es Cárlos de Secondat, baron de Montesquieu (1689), natural de Breda, cerca de Burdeos, y presidente que fué del parlamento de aquella ciudad. Montesquieu no fué un filósofo, fué un publicista, y por lo mismo no hay que buscar en sus obras ninguna teoría que penetre las interioridades de la ciencia, sino que consagró sus trabajos á las aplicaciones prácticas en el vasto campo de la política, de la moral y de la legislacion. No puede formarse juicio de este hombre grande por su primera produccion, las *Cartas persianas*, que escribió en el ardor de su juventud, y en las que, por cierto, ofende gravemente nuestro carácter nacional, porque no fueron mas que un arranque inconsiderado del genio, aprovechando la disposicion de los ánimos, dispuestos á recibir toda crítica á todo lo existente en el triste cuadro que presentaba la sociedad francesa en el reinado desastroso de Luis XV, con el singular mérito de haberse fijado en el carácter de sus compatriotas, para abordar las mas graves cuestiones con una soltura, una sencillez y una gracia, que sus Cartas, publicadas tres años antes que el primer tomo de la Enciclopedia, tuvieron un séquito extraordinario. Pero á Montesquieu no hay que buscarle aqui, un paso mas adelante, el *Espíritu de las leyes* es el verdadero testigo de sus sentimientos, y alli está su retrato. Nada prueba mejor la rectitud de su juicio, la firmeza de su carácter y la solidez de sus profundas convicciones, que la publicacion de esta obra, en la que resaltan la tolerancia, la moderacion y la imparcialidad, en medio de una sociedad dividida en dos fracciones,

que se hacian una guerra encarnizada, entre los defensores de la vieja monarquía con sus abusos y los ardientes promovedores de innovaciones radicales. Montesquieu con su obra satisfizo una necesidad de la época, que era prescindir de los hechos y los detalles, y generalizar los principios del derecho, pues si bien ya la escuela de Grocio habia entrado en este camino, se resentia aun del casuismo de la edad media, y Montesquieu, penetrando la naturaleza humana con sus condiciones variables de existencia en el tiempo y en el espacio, se propuso encaminarla y dirigirla política y civilmente, para que el hombre llene mejor su destino, valiéndose para ello de ese arsenal inmenso de hechos que presenta el pueblo romano, que llegó á ser casi el dominador del mundo. Asi decia Voltaire que el género humano habia perdido sus títulos y que Montesquieu los habia encontrado y se los habia devuelto. Montesquieu, huyendo de todo fundamento artificial y arbitrario, sienta como un principio inconcuso ser las leyes las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas, y que en este concepto, Dios, el hombre, los seres animados y los inanimados, todos tienen sus leyes, y con esta antorcha en la mano recorre todos los departamentos del edificio social, sin dejar ni un solo rincon, tanto en el orden político como en el civil y económico, y siempre en el terreno de la razón y de la templanza. Y cuando se trataba de la organización de las sociedades humanas ¿podia Montesquieu prescindir de los sentimientos religiosos? De ninguna manera, y asi sienta como fundamento la existencia de Dios, el gobierno de la Providencia y el respeto profundo á la religion. Cosa singular, exclama Montesquieu, la religion cristiana, que parece no tener otro objeto que la felicidad en otra vida, constituye tambien nuestra felicidad presente. Asi se explicaba el autor de las *Cartas persianas*, sin que pueda causar sorpresa este cambio tan radical, si se considera que una instruccion sólida que tiene por apoyo la experiencia, los años y el buen sentido, disipa completamente las ilusiones de la

juventud y los arrebatos someros del genio, viéndose realizado en Montesquieu el dicho de Bacon, de que un poco de filosofía hace inclinar los hombres hácia el ateísmo, y que un conocimiento mas profundo los vuelve á la religion. Lo cierto es, que Montesquieu, con el cambio que sufrieron sus opiniones religiosas, se enagenó el partido filosófico, lo que prueba mas y mas la superioridad de su genio, en el hecho de reconocer la influencia benéfica del sentimiento religioso en el cumplimiento de los deberes sociales, por mas que en reconocerlo asi sacrificara las afecciones de sus amigos.

Asi es que Montesquieu miraba con desvío al partido filosófico, y suyo es aquel dicho, hablando de Voltaire, de que hacia lo que los religiosos, que solo escribian para su orden y para su convento. De todas maneras, Montesquieu proclamó todos los altos principios de espiritualidad, moralidad y religion, en medio de una sociedad materialista, sirviendo su gran crédito de contrapeso á los progresos del empirismo, y de preparacion al advenimiento del sistema psicológico.

ROUSSEAU.

Es cosa singular que todos los hombres grandes del siglo XVIII presentan, con caractéres encontrados, estos cambios en sus opiniones, estas revoluciones en sus creencias, que acreditan el terreno movedizo en que combatian, desde el momento que se desprendieron de las doctrinas tradicionales, que por espacio de muchos siglos habian dirigido los destinos de la humanidad, es decir, acreditan ese espíritu escéptico que por desgracia ha venido trasmitiéndose hasta nosotros. Ya hemos visto al autor de las *Cartas persianas* en contradiccion con el autor del *Espíritu de las leyes*, pues ahora vamos á ver al autor del *Origen de la desigualdad entre los hombres* y *Contrato social* en pugna con el autor de la *Profe-*

sion de fe del vicario saboyardo. Juan Jacobo Rousseau (1718) nació en una aldea inmediata á Ginebra hijo de un artesano. Errante por una parte de Europa, sin recursos de ningun género y víctima en su estrechez de necesidades é injusticias, se encarnaron en su alma resentimientos profundos contra una sociedad que suponía viciada, no por la condición del hombre, sino por los abusos debidos á su horrible organización, pero sin que este juicio atrabiliario, debido á las condiciones especiales de su vida, destruyese la natural nobleza y elevación de sentimientos, que de una manera solemne supo desplegar cuando solo obedecía á las concepciones puras de su razón y á las emociones de su alma. Así es, que considerado como autor del *Tratado de la desigualdad* y del *Contrato social* ha sido y es altamente funesta su influencia, como que á sus inspiraciones se ligan las exigencias comunistas que en estos momentos agitan nuestra sociedad europea. Considerada la sociedad por este filósofo como facticia y artificial en el primer tratado y queriendo ligarla en el segundo, valiéndose también de medios artificiales, crea una utopía en que somete los individuos á la tiranía de las masas, sin reconocer otro principio que su voluntad omnipotente, y olvidando que la razón, que está por cima de las sociedades, impone prescripciones obligatorias, que arreglan el buen sentido y las lecciones de la experiencia, resultando de aquí que creyendo Rousseau asegurar la unidad y la libertad crea la licencia y el despotismo, y despotismo que lleva hasta el santuario de la conciencia, condenando á muerte al ciudadano que quebranta los dogmas jurados de la religión del Estado, y esto lo hace en el mismo capítulo sobre la religión civil, en que pinta antisocial el cristianismo. No es nuestro ánimo considerar á Rousseau bajo este aspecto, que tan distante se halla del objeto que motiva su aparición en este capítulo, queremos presentarle como uno de los precursores de la reacción psicológica que ha tenido lugar en el siglo XIX, y para ello recurriremos, no al Rousseau del *Contrato social*, sino al

Rousseau del Emilio, no á la primera época de su vida sino á la segunda, y si no lo fué como metafísico, porque despreció siempre las indagaciones que tuvieran este carácter, lo fué como promovedor y sostenedor de los grandes principios espiritualistas, en medio de una sociedad corrompida, despertando las afecciones del corazon, reviviendo las pasiones nobles, grandes y generosas, lanzando su alma á la contemplacion de las escenas de la vida en las borrascas del corazon, y poniendo en relieve las dulces emociones á que conducen los trasportes del entusiasmo producido por el sentimiento. En la *Profesion del vicario saboyardo* con que uncion y con que encanto, con que grandeza ensalza la idea de un Dios infinito, padre del género humano; eleva á la mayor altura la dignidad humana, ensalza su inteligencia, reconoce su superioridad sobre los animales, proclama su libertad, que le pone en las vias de conquistar la virtud por medio de sacrificios, presa el alma por los lazos del organismo en su estancia terrestre, la ve ganar en su desprendimiento la inmortalidad y quedar justificada la Providencia; apela para el cumplimiento del deber, no á la razon que falta algunas veces, sino á la conciencia que jamás engaña, fija el principio moral como eterno é invariable en medio de la diversidad de creencias, de costumbres y de pueblos, le pone á salvo de los ataques y sofismas de los filósofos sensualistas, reanima, en medio de una sociedad corrompida, los sentimientos y las afecciones mas tiernas de la naturaleza, y destruye en nombre del sentimiento filosófico, los altares que los filósofos contemporáneos habian levantado al ídolo de la sensacion. Rousseau fué espiritualista por el sentimiento, que es el punto principal que en este momento nos ocupa, y en sus últimos dias se vió aborrecido por el partido filosófico.

NECKER.

Del sentimiento filosófico pasamos ahora al sentimiento religioso. Si como financiero, si como ministro de Luis XVI, si como autor de obras económicas adquirió mucha celebridad Santiago Necker (1732) natural de Génova, no fué menor su gloria como filósofo. Necker combatió siempre por los buenos principios, y lo mismo fué enemigo de las injusticias, de los abusos, de los privilegios en el orden económico como amigo sincero y ardiente de una moral pura, que opuso constantemente á las doctrinas materialistas y antisociales, que dominaban en aquella época. En sus obras *Curso de moral religiosa é Importancia de las opiniones religiosas* hace imposible la existencia de la sociedad, si la Divinidad no interviene en las mas secretas determinaciones, y si no ejerce una autoridad habitual sobre las conciencias, porque la religion es necesaria para acabar la obra imperfecta de la legislacion, y suplir la insuficiencia de los gobiernos, y á los que proscriben esta alta metafísica, Necker los declara enemigos del género humano. Para este filósofo las opiniones religiosas son esas ideas elevadas y magestuosas, que ligán la organizacion general de la raza humana á un ser poderoso, infinito, causa y motor del universo. Para Necker, ni la opinion ni la libertad pueden nunca ocupar el lugar de la religion, porque las armas de la opinion son la estimacion y el desprecio, y la estimacion tiene necesidad de un guia, si no se quiere, que se oculte con la máscara de la hipocresía; y la libertad tiene mas necesidad de la religion que la esclavitud, porque si llega á separarse de todo lazo espiritual, perdiendo asi la dignidad moral, no es mas que un objeto de disputas y un instrumento para todas las pasiones. Que los filósofos, esclama Necker, se declaren los defensores de la moral religiosa, de esta moral que tiene por principio la caridad,

y si se penetran de este pensamiento, verán, que si han hecho grandes servicios á la ciencia, tienen que hacerlos mayores despues de la revolucion francesa á la sociedad y al órden civil, mostrándose no solo amigos de la sabiduría, sino tambien amigos de Dios, fomentando en el centro de nuestros sentimientos y de nuestros juicios íntimos una moral piadosa, única que puede labrar la felicidad de las naciones. Asi se esplicaba este filósofo, arrastrado por el sentimiento, en medio de una sociedad atea, lo que obligó á decir á madama Stael su hija con alguna pasion, que el libro de su querido padre era el mejor presente que podian hacer todos los hombres reunidos al Ser Supremo, como el mayor testimonio de adhesion á la Divinidad que se ha dado en el mundo.

STAEI.

La cita que acabamos de hacer nos conduce naturalmente á fijar nuestras miradas en Germana Necker Stael (1766) en esta muger admirable, que con su pluma empapada en el sentimiento y en las mas tiernas afecciones del corazon, contribuyó poderosamente al descrédito de la filosofía sensualista, dando á conocer las riquezas literarias y filosóficas, que encerraban Italia y Alemania, en dos obras que no pueden leerse sin experimentar las mas vivas simpatías. Madama Stael, sin abandonar el camino trazado por su padre, fué espiritualista por conviccion, y profundamente afecta al sentimiento religioso, pero sin desesperar nunca de la noble causa de la razon en el campo de la filosofía, y si bien tenia por insolubles las altas cuestiones metafisicas, por ser el infinito de donde toman su origen incomprensible, creia con fé viva en las inspiraciones del sentimiento, y en alas del mismo combate la moral del interés, combate el egoismo, y cree, que cuando una accion sublime conmueve todos los poderes de nues-

tro ser, inmoldando todos los placeres y todas las ventajas de este mundo, un rayo divino desciende al corazon del hombre, para causarle un goce, que le hace presentir la inmortalidad. ¿De qué sirve la moral del placer, esclama, cuando se escluye la influencia de la religion sobre las almas? Cuando todos los sistemas admitidos en filosofía como en moral son contrarios á la religion, anonadando la metafísica, la creencia en lo invisible y la moral del sacrificio de sí mismo, la religion queda en las ideas, como el rey quedaba en la constitucion, que la Asamblea constituyente habia decretado; era una república mas un rey, es el ateismo mas un Dios. Madame Staël produjo en Francia una verdadera reaccion espiritualista en nombre del sentimiento, pero, como los tres anteriores, la produjo en el campo de la filosofía, sin renunciar al cultivo de la razon, á las esperanzas de la ciencia, al triunfo de la libertad y al engrandecimiento de la dignidad humana enlazada con el progreso de las artes, de las ciencias, de la religion y de la filosofía.

FILOSOFOS DOGMATICOS.

MAISTRE.

Hubo tambien otros filósofos sentimentalistas, que renegaron de toda filosofía por servir al dogma católico, á pesar, que tambien presentaron sus sistemas, y para que se vean todas las fases que fué vistiendo el movimiento filosófico antes del advenimiento en Francia de la filosofía escocesa, presentaremos los que mas sobresalieron en este punto. El primero es el conde José María de Maistre (1753) natural de Chambéry en Saboya. Escribió varias obras, pero las únicas que tienen un carácter filosófico, si puede decirse así, son las *Veladas de San Petersburgo* y el *Exá-*

men de la filosofía de Bacon. En las Veladas intenta justificar el gobierno temporal de la Providencia, porque si el hombre sufre, es porque lo merece, y si lo merece, es porque es culpable, y es culpable por el pecado original, y en un estilo nervioso, audaz y aterrador, pinta á un Dios vengador, que descarga sobre la humanidad los rayos de su cólera, sin un simple recuerdo de la divina misericordia. En la misma forma, en el Exámen de la filosofía de Bacon, lo mismo este filósofo que Locke son objeto de la cólera del autor, llenándoles de imprecaciones, como causantes del moderno materialismo y ateismo. Lo singular en Maistre es, que en su obra del papa, llevado de su exagerado catolicismo, se propuso sostener la autoridad pontificia, haciéndola infalible. Con los medios de que se valió para probarlo, que fué el principio de la soberanía, destruyó lo mismo que queria sostener, porque hizo perder á la cuestion el carácter de especialidad por motivos revelados y exegéticos, dejándola envuelta en reflexiones de puro razonamiento, y en este terreno mas sostenible es que la soberanía sea consecuencia de la infalibilidad, que no el que la infalibilidad sea consecuencia de la soberanía, como quiere Maistre. De todas maneras, este filósofo combatió con todas sus fuerzas la filosofía empírica apoyada en el sentimiento católico, y esta circunstancia le coloca entre los precursores de la nueva filosofía, que tenia que levantarse sobre los escombros del edificio empírico.

BONALD.

Siendo muy conocidas las opiniones de Luis Gabriel, vizconde de Bonald (1753) natural de Monna en el departamento de Aveyron, nos limitaremos al objeto que motiva su aparicion en esta revista. Prescindimos del sistema especial que desenvolvió en su *Ensayo analítico de las leyes naturales del orden social*, y solo diremos, que defensor de los gobiernos tradicionales y absolutos,

quiso, que el hombre no tuviese en su pensamiento mas que lo que su palabra le revelara, para encerrarlo asi en las condiciones de la lengua que hablase, y, encerrarlo, por consiguiente, en las formas políticas y máximas religiosas, que encontró al salir al mundo, y esta estraña teoría la anunció Bonald con la siguiente proposicion casi enigmática—«*el hombre piensa su palabra, antes de hablar, ó mas bien, hablar su pensamiento.* Para combatir esta teoría, bastaria considerar, que siendo el lenguaje contingente y mutable, no puede servir de base á la verdad, que es un principio absoluto, siendo su natural asiento la inteligencia y el pensamiento y no el lenguaje, pero no siendo nuestro ánimo entrar en los pormenores de este sistema, y queriendo considerar á Bonald solo como adversario del empirismo, copiaremos en este punto sus palabras, que son bien terminantes. «El hombre, dice, en buena filosofía, es una inteligencia servida por órganos. Los brutos son órganos servidos por un instinto. Estas definiciones esplican los séres segun el rasgo característico y esencial de su respectiva naturaleza; el hombre por la voluntad que dirige sus acciones, el bruto por la necesidad que determina sus movimientos. La filosofía empírica no sale del hombre para encontrar la regla de sus deberes, *fixándola en sus sensaciones*, y por lo tanto trueca la virtud en un bienestar físico, y el vicio en un malestar, en un dolor. Esta filosofía carece de consuelo para el justo que sufre, y no tiene ningun freno que oponer al porvenir en su prosperidad.»

Bonald y Maistre ocupan una misma linea, y sus trabajos unidos á las producciones de Chateaubriand basadas en el sentimiento y en la historia, y adornadas de los encantos de la imaginacion, de la poesía y de las bellas formas del estilo, contribuyeron poderosamente á rehabilitar las creencias del cristianismo, y aunque son representantes de la reaccion espiritualista operada bajo los auspicios del principio de autoridad en odio á toda filosofía, no por eso dejaron de contribuir á la remocion de obs-

táculos, que impedían el paso á la nueva luz filosófica, que ya asomaba por el horizonte del campo de la ciencia.

INTRODUCCION DE LAS DOCTRINAS ESCOCESAS.

ROYER COLLARD.

En la historia de la filosofía en Francia, la aparición de Pedro Juan Royer Collard (1763) natural de Metiercelin, forma época. No es nuestro ánimo considerar á este filósofo como hombre público, porque nos alejaría de nuestro objeto, limitándonos á decir, que con la misma firmeza sufrió la suerte de proscrito en la época del terror por su amor al orden, como sostuvo en las cámaras, durante la restauracion, las reformas y conquistas ganadas por la revolucion contra proyectos reaccionarios, y en su estilo incisivo decia en una ocasion solemne, en la cámara, contra los enemigos de la filosofía. «El pais de la Europa, que ha dado á Descartes, no rehusará la antorcha encendida por este hombre grande. Sin la filosofía no hay literatura ni ciencia verdadera. Si bajo su nombre se han amamantado doctrinas perniciosas, ellas, no la ignorancia, la que debe combatirlas, y á ella está reservada su destruccion. El pensamiento ha encontrado ahora en las pruebas del analisis su sublime origen, la moral su autoridad, el hombre sus destinos inmortales.» Si como político el horizonte de su vida se estiende mucho, su aparición como filósofo fué como una ráfaga luminosa, que dejó rastros indelebles, que no desaparecerán nunca. Royer Collard se llegó cierto dia á un puesto de libros, y entre ellos encontró uno escrito en lengua estrangera, que decia—*Indagaciones sobre el entendimiento humano conforme á los principios del sentido comun*—y la compra de este libro, este pequeño incidente, causó en Francia una verdadera

revolucion en las ideas. Este libro era de Tomás Reid, y ejerció una tan poderosa influencia sobre el ánimo de Royer Collard, que hasta entonces habia sido un puro condillarista, y cambiadas sus creencias, quiso darlo á conocer en la cátedra de historia de filosofía, que le encomendó Mr. Pastoret en la facultad de letras, siendo tan solos dos años los que estuvo al frente de esta enseñanza, que fueron los de 1811 y 1812. Como fué por tan corto tiempo, y su objeto fué combatir en su base la doctrina condillarista entonces reinante, limitó sus esplicaciones á la teoría de la percepcion esterna, porque aqui estaba el vicio capital del sistema sensualista, bien convencido, que destruido este en su base, quedaba á cargo de los que vinieran despues, acabar el derribo del vasto edificio empírico. Royer Collard, apoyado en las doctrinas de Reid que dió á conocer, hizo un minucioso analisis del fenómeno de la sensacion, y demostró con la mayor evidencia los distintos orígenes por donde adquirimos nuestros conocimientos. Los sentidos nos dan á conocer las cualidades de los cuerpos y nada mas, solo el entendimiento puro nos suministra la idea de la induccion, el principio de causalidad, la noción de sustancia, la del espacio y la del tiempo. En efecto, los sentidos no nos pueden dar á conocer todos los fenómenos del mundo, y cuando de la observacion de algunos inferimos que en el mismo caso se hallan todos los demás, suponemos la generalidad y firmeza de las leyes de la naturaleza, y esta idea solo nos la puede suministrar la razon por medio de la induccion y no la esperiencia. ¿Y el principio de causalidad por donde nos viene? Los sentidos solo nos dan á conocer fenómenos, la conciencia nos da á conocer el yo como causa, pero es solo un conocimiento especial, y, por consiguiente, la noción de una causa necesaria y eterna viene solo de la razon. Consecuente Condillac con sus principios negaba toda sustancia, y sostenia, que el alma era una coleccion de sensaciones, y reponia Royer Collard, si el alma es una coleccion de sensaciones, la primera de ellas, la primera sen-

sacion, ó es sentida ó no es sentida, si no es sentida no es nada, y si es sentida, hay un yo que la siente, es decir, hay una sustancia á que afecta la sensacion como cualidad. La esperiencia no nos da ni puede darnos las ideas de tiempo y de espacio, porque no hay imágen sensible que pueda representarlos, y el tiempo y el espacio que representan la eternidad y la inmensidad, son una nocion necesaria, que solo concebimos, y que impone una creencia absoluta suministrada por la razon. Como la gran cuestion del origen de las ideas se halla tratada y desenvuelta en la primera parte de esta obra, nos limitamos á puras indicaciones, con el solo objeto de hacer ver el punto principal á que dirigió sus ataques este filósofo, descarnándole de la fuerza de razonamiento, lucidez de pruebas, bellezas de estilo y brillantez de formas con que revestia sus lecciones, á las que se agolpaba toda la juventud, sorprendida de ver combatida en su base una filosofía, que se creia invencible, y combatida por un hombre que, á su lógica y natural elocuencia, unia la claridad y precision matemática de la misma escuela condillarista, que intentaba destruir. Aqui comienza una nueva era para la filosofia, y pasemos al exámen del nuevo desenvolvimiento, que recibieron las doctrinas escocesas, despues de sentada esta primera piedra.

COUSIN.

Un jóven de grandes esperanzas, que llevado de la corriente se reconocia sensualista, concibió dudas sobre la bondad de esta doctrina de resultas de una leccion que habia oido á La Romigiere, y con este motivo concurrió á la cátedra de filosofia de Royer Collard, ansioso de fijar sus ideas sobre punto tan delicado. Este jóven era Victor Cousin, que á la desaparicion de Royer Collard, se presentó en la arena y supo imprimir un movimiento filosófico que dura y durará por algun tiempo. Si el nombre de

Cousin fuera mas oscuro nos limitariamos á darle á conocer como propagador de las doctrinas escocesas, único concepto bajo el cual aparece en esta revista y en este lugar, pero como su nombradía es tanta, y su influencia, en el rumbo que han llevado las ideas en el vecino reino, ha sido tan poderosa, no podemos menos de caracterizarle algun tanto mas, por ser su vida de escritor un elemento necesario para conocer la posicion filosófica de aquel pais. Royer Collard fué una ráfaga que brilló muy poco, pero que con la novedad de sus doctrinas despertó una curiosidad inmensa en la juventud, y hacia falta que un genio se presentara para estenderlas y propagarlas, valiéndose de los encantos de la poesia y de la elocuencia. Este fué el brillante papel que desempeñó Victor Cousin. Dotado de una imaginacion rica y feliz, un lenguaje escogido sin pedantería, un tono familiar y noble, una composicion esquisita, una destreza sin igual para conducir las cuestiones á placer del auditorio, sobrio en digresiones, ligero en las transiciones, sublime en la exposicion de los principios y arrebatador en las deducciones con aplicacion á la religion, á la historia y á la industria, y á todos los grandes intereses de la sociedad, causaba una admiracion indecible á la juventud asombrada del singular contraste que formaba la grandeza de aquellas concepciones presentadas en grande panorama, Dios, la naturaleza, la humanidad, con los áridos y mezquinos analisis de la escuela condillarista á que estaba acostumbra. Este infinito, fundamento de la filosofía idealista, y que tanto habia ocupado el alma de Descartes y de Leibnitz, ese infinito que la filosofía sensualista habia reducido á una pura negacion, apareció en los labios elocuentes de Cousin, con toda la elevacion y grandeza que inspira tan alta region, origen único de los grandes pensamientos y de las ideas elevadas. Nunca se habia visto en Francia, en principios del presente siglo, decir un profesor desde lo alto de su cátedra:

«Desde los primeros dias de las sociedades humanas hasta la

venida de Jesucristo, mientras que en un rincon del mundo una raza privilegiada guardaba el depósito de la doctrina revelada, ¿quién, decidme, quién ha enseñado á los hombres bajo el imperio de religiones extravagantes y de cultos las mas veces monstruosos, quién les ha enseñado que poseen un alma, y un alma libre capaz de hacer el mal, pero tambien capaz de hacer el bien? ¿Quién les ha enseñado, á la faz de la fuerza triunfante, en medio de la opresion casi universal, que la fuerza no es todo, y que hay derechos invisibles, pero sagrados, que el fuerte mismo debe respetar en el débil? ¿A quién deben los hombres los honrosos principios de que es mejor guardar la fé prometida que faltar á ella, que es muy digno dominar las pasiones, y ser sóbrio en el seno mismo de los placeres permitidos? ¿Quién les ha dictado las siguientes frases: un amigo es otro yo, es preciso amar á mis amigos mas que á mí mismo, á mi patria mas que á mis amigos, y á la humanidad mas que á mi patria? ¿Quién les ha hecho conocer mas allá de los límites, y bajo el velo del universo, un Dios oculto, pero presente en todas partes, un Dios que ha hecho el mundo con peso y medida, y que no cesa de vigilar sobre su obra, un Dios que ha hecho al hombre, porque no ha querido retener en la soledad inaccesible de su ser sus mas augustas perfecciones, porque ha preferido comunicar y derramar su inteligencia, y lo que es mas su justicia, y lo que es todavía mas su bondad? ¿Quién, en fin, les ha inspirado esta encantadora y sólida esperanza de que terminada esta vida, el alma inmaterial, inteligente y libre será recogida por su autor? ¿Quién les ha dicho que por cima de todas las incertidumbres hay una verdad suprema, una verdad igual á todas las verdades de la geometría, y es que en la muerte como en la vida, un Dios omnipotente, justo y bueno, preside al destino de la criatura y detrás de las sombras de la muerte, suceda lo que suceda, todo será bien, porque todo será obra de una justicia y una bondad infinitas?»

Este lenguaje, esta elevacion, esta magnanimidad de doctri-

nas que ponía en evidencia la estrechez y pobreza de las ideas condillaristas, arrastraba la juventud y la hacía prorumpir en cantos líricos y en emociones arrebatadas en defensa de unas ideas que á la novedad unían la grandeza de miras y los encantos de la oratoria. En pugna abierta Cousin con la Francia del siglo XVIII, con la Francia de Locke y de Condillac, naturalmente se fué en busca del siglo XVII, del gran siglo de Luis XIV, reproduciendo las maneras cultas, las ideas caballerescas de aquella época, haciendo una brillante descripción de los personajes de aquel siglo, de sus damas, de sus amores, de sus fiestas, de sus empresas, de sus galanterías, hizo resaltar en el fondo de sus retratos aquel espiritualismo que imprimió al siglo XVII el genio de Descartes. Pero no se limitó Cousin á tan estrecho terreno, porque su erudición era inmensa, y lo mismo dió á conocer las obras de Proclo, Jenofanes, Platon y otros filósofos de la antigüedad, como las doctrinas de Abelardo en la edad media, como á Descartes y Leibnitz en el siglo XVII, como á Maine de Biran, su contemporáneo, siendo admirable como su pasión filosófica y erudita no influyó para rebajar su alma de las alturas metafísicas á las que se lanzaba, sin que el polvo de las bibliotecas ni los detalles minuciosos é insípidos de las letras radicales impidieran el vuelo á su imaginación para presentar el cuadro general de la ciencia. Su alma abarcaba lo grande y lo pequeño, y en sus obras deja á la posteridad un tesoro inmenso, al que habrá de recurrirse si las ciencias filosóficas caminan á su perfectibilidad.

Si Cousin presenta un cuadro tan ventajoso y tan interesante como erudito y como historiador, no merece, en verdad nuestros elogios como filósofo. Condillarista en su origen y en su primera juventud, se decidió luego por el sistema psicológico, al que hizo inmensos servicios, pero puesto después en comunicación con los filósofos alemanes, sus creencias variaron de rumbo, no pudiendo ocultar sus marcadas tendencias al panteísmo, que acabó por abjurar, acogiendo al final de su vida á ese espirituali-

mo templado, que estraño á las indagaciones científicas, forma la religion de los hombres de bien y tiene por fundamento el buen sentido. Esta incertidumbre, esta variacion de Victor Cousin en sus creencias filosóficas, unido á su vastísima erudicion en todo el campo de la filosofía antigua y moderna, dió origen al llamamiento que hizo de todos los sistemas, para residenciarlos y tomar de cada uno lo que á su juicio fuera conforme con la verdad, y este juicio universal le bautizó con el nombre de *eclecticismo*, que forma el principal carácter de la filosofía francesa moderna, y eclecticismo que es la tumba de todos los sistemas filosóficos.

En primer lugar se presenta como partidario decidido del sistema psicológico, dando á conocer en mayor escala y en lecciones públicas las doctrinas escocesas. Buscando la cuna de esta escuela, la halló en la universidad de Glasgow, bajo la direccion del Dr. Hutcheson, siguiendo despues el mismo movimiento las universidades de Edimburgo y Aberdeen, creyendo Cousin que el carácter de moderacion y buen sentido que se nota en esta escuela es debido en gran parte á la circunstancia de haber sido el profesorado el creador y propagador de sus doctrinas, por razon de que en la enseñanza los profesores, deseosos de captarse la voluntad de sus discípulos, quieren siempre permanecer en las vias del sentido comun, lo que les aleja de teorías estravagantes. Indagando las causas que favorecieron la creacion y propagacion de la nueva doctrina, Cousin las encuentra en las condiciones especiales de la Escocia. Separado este pais de la Inglaterra, no experimentó las terribles convulsiones que trabajaron á esta en las dos famosas revoluciones de 1649 y 1688, y si bien formaron con ella causa comun en defensa de las libertades públicas, ni mancharon sus manos en la sangre de Carlos I en tiempo de la república, y antes bien el parlamento de Edimburgo protestó solemnemente contra tan horrible atentado, ni en tiempo de la monarquía dieron incienso á la corrompida corte de Carlos II. Esta firmeza de carácter que tenia por origen la ri-

gidez de sus costumbres, sostenida por sus creencias religiosas, fué un muro que impidió constantemente la adopcion de las ideas empíricas sostenidas y propagadas por las obras de Locke, y sin otra razon para esta resistencia que ver los resultados que estaban dando las doctrinas de este filósofo en manos de los Tindales, Mandevilles y otros discípulos. Es cierto, que fué muy gradual el desenvolvimiento de las doctrinas escocesas, porque tan fuerte era el lazo con que Locke habia encadenado los espíritus. Desde Hutcheson, que sin poder salir de la esfera de la sensibilidad, recurrió á un nuevo sentido para salvar los principios morales hasta Reid, que Cousin mira como el verdadero fundador de esta escuela, se advierte una escala gradual, que fué ganando terreno hasta sustituir los principios racionales á los principios sensualistas, valiéndose para ello de un método, que encomia Cousin, que es el método baconiano con aplicacion á los fenómenos internos, es decir, el estudio del alma, valiéndose de la observacion y de la esperiencia por medio del sentido íntimo. No solo es materia de elogios en la pluma de Cousin el carácter espiritualista de esta escuela, su método baconiano, la medida y circunspeccion en sus indagaciones, sino que reconoce en todos los filósofos escoceses que la han creado y sostenido, un fondo de virtud y de religiosidad, que honra su memoria, y los nombres de Hutcheson, Smith, Ferguson, Reid, Dugald Stewart no pueden pronunciarse sin pagar un tributo de respeto hácia unos hombres que consagraron sus vigilias á rehabilitar y fortificar el principio moral profundamente conmovido con las doctrinas empíricas de Locke. Los mismos elogios tributa con respecto á la parte política, viendo en estos filósofos un amor ardiente á la libertad conforme á las tradiciones de su pais, modificado por un sentimiento honroso de respeto y consideracion á cosas y personas. Y si no descubre Cousin en los filósofos escoceses aquella unidad que es el alma de todas las escuelas filosóficas, para sostener unos mismos principios con igual

entusiasmo, con la misma perseverancia y bajo de una sola bandera, cree, sin embargo, ser un bien esta misma disonancia, cuando con ella no se jura en las palabras del maestro, no se renuncia á la independencia personal para buscar la verdad con toda la libertad de su razon, máxime cuando esta independencia no ha dañado á la conformidad de sentimientos, de método y de creencias generales, que caracterizan á esta escuela.

Cuando despues Cousin examina las doctrinas de Reid, que reconoce como gefe de la escuela escocesa, adopta sus principios mejorándolos. No solo alaba el método psicológico puesto en evidencia por este filósofo, y cree que sea el único camino que conduce á la ciencia, sometiendo los fenómenos del espíritu á la observacion interna, como se someten los hechos sensibles á la observacion de los sentidos, debiéndose á esto los grandes adelantamientos hechos en las ciencias naturales, sino que examinando las condiciones y límites, á que Reid sujeta las indagaciones filosóficas, las reconoce justas y adaptables, en cuanto por ellas se proscriben para siempre estas temerarias hipótesis, que han conducido á los filósofos á los mas estravagantes sistemas, por el empeño de observar los hechos para justificar sus teorías, de no reconocer un límite en los primeros principios, por querer demostrarlo todo, de no proceder como en las ciencias naturales observando hechos para despues sentar las teorías por medio de la induccion, y de no acabar de convencerse, de que hay hechos inesplicables, que llevan consigo la luz de la evidencia, y sirven de base á la creencia humana. Cousin solo se ofende, de que llevada esta doctrina á la exageracion, resulte proscripta la metafísica. Quiere si, que no se pierda de vista la observacion y la experiencia, como fundamento de las ciencias filosóficas, pero no quiere que se olvide, que la observacion de los hechos no excluye las concepciones puras de la razon, sin las cuales se hace imposible toda ciencia. La razon, dice, concibe *à priori* á Dios como ser infinito, absoluto, universal, que no cae en el tiempo ni en

el espacio, y cuya esencia repugna á toda representacion y á toda determinacion. Esta nocion de Dios nada toma de los datos de la esperiencia, subsiste la misma porque es necesaria, cualquiera que sea el sistema que la ciencia proponga sobre la naturaleza y sobre el hombre. Pero cuando se trata de las relaciones de Dios con el mundo y con el hombre, cuando es preciso definir la creacion y la Providencia, determinar las grandes leyes, que en el órden moral como en el órden físico manifiestan los designios de esta Providencia, mostrar el destino del hombre en relacion con el mundo y con Dios, entonces la esperiencia se hace necesaria, porque las leyes del mundo, el destino del hombre y de la creacion, y lo mismo la Providencia que supone la relacion de Dios y del mundo, no se conciben *à priori*, sino que se deducen de la observacion de los fenómenos físicos ó morales del universo, y querer que nazcan solo de la razon pura es reducir la metafísica á vanas abstracciones. He aqui el sistema psicológico, no solo sostenido por Cousin, sino perfeccionado, en el hecho de reconocer por base de la ciencia el estudio del alma por el alma, como quiere la escuela escocesa, con la adicion de no limitarse al estudio de los hechos psicológicos, sino que se estienda á las concepciones *à priori* de la razon, para albrir el campo á las indagaciones metafísicas, á esa ciencia sublime, que, como dice Cousin, marcha de ruina en ruina, pero avanzando siempre, y presentando con confianza al siglo que visita, los tesoros, que los siglos precedentes han acumulado en su seno.

Brillantes resultados se hubieran obtenido para la ciencia, si Victor Cousin se hubiera mantenido en este terreno, pero un viaje á Alemania en 1818, sus relaciones con Schelling, y su amistad íntima con Hegel, produjeron un cambio notable en sus creencias. Sorprendido por la grandeza ideal de las teorías del infinito, presentadas por estos filósofos, arrastrado por la novedad, nutrida su alma con emociones metafísicas, que no podía contener, y absorto con los resplandores que arroja la ra-

zon eterna en su desenvolvimiento, olvidó el mundo que habitaba, y se fué en busca de otro, donde campean perspectivas infinitas en medio de la soledad y del éstasis. Allí Cousin ya no busca el estudio del hombre, como base de la filosofía, sumido en el infinito, le parece reducido y mezquino el campo de los hechos psicológicos, y situado en lo mas encumbrado de la ontología, ve en Dios el uno, el absoluto, el incondicional, la sustancia, la causa, que de su propia naturaleza está por cima del tiempo y del espacio, que se desenvuelve necesariamente, y cae para desenvolverse en la diversidad, en la imitacion, en la pluralidad. «El Dios de la conciencia, dice, no es un Dios abstracto, un rey solitario, relegado mas allá de la creacion, sobre el trono desierto de una eternidad silenciosa y de una existencia absoluta, que se parece al nada mismo de la existencia, es un Dios á la vez verdadero y real, uno y muchos, eternidad y tiempo, espacio y número, esencia y vida, indivisibilidad y totalidad, principio, fin y medio á la cima del ser, y en su mas humilde grado infinito y finito todo junto, triple, en fin, es decir, á la vez Dios naturaleza y humanidad.» Estas aspiraciones panteistas cubiertas con el velo de la erudicion, de la elocuencia y de la poesía, aparecian en este filósofo de una manera singular, queriendo amalgamar teorías opuestas que encubria con su eclecticismo, y con este motivo, decia Hegel, que Cousin le habia robado algunos peces, pero que los habia ahogado en su salsa.

Mr. Cousin fué víctima por algun tiempo de estas ilusiones, que el genio de dos hombres extraordinarios imprimieron en su alma, pero cuando despues la reflexion, auxiliada por los años, desvaneció estas ilusiones; cuando se convenció, que el estudio de la filosofía en tanto es provechoso, en cuanto recibe su aplicacion á los usos de la vida y la mejora moral de la sociedad, y cuando vió el punto á que conducian las teorías alemanas de aquellos hombres, se detuvo al pie del precipicio, y recordando las modestas y bien cimentadas doctrinas escocesas, quiso concluir su

carrera, proclamando un espiritualismo sometido á las condiciones del sentido comun, que tiene por fundamento las creencias del mayor número, y presta vasto campo á la elocuencia, para captarse la voluntad de los oyentes.

«Nuestra verdadera doctrina, dice en el prefacio de su última obra, *sobre lo verdadero, lo bello, y lo bueno*, nuestra verdadera bandera es el espiritualismo, esa filosofía tan sólida como generosa, que comienza con Sócrates y Platon, que el Evangelio ha derramado en el mundo, que Descartes ha dado á conocer bajo las severas formas del genio moderno, que ha sido una de las glorias de la patria en el siglo XVII, que ha perecido con la grandeza nacional en el siglo XVIII, y que en principios del presente ha rehabilitado Mr. Royer Collard en la enseñanza pública, mientras que Mr. de Chateaubriand, Mad. de Stael, Mr. Quatremere de Quincy la infiltraban en la literatura y en las artes. Con razon se le da el nombre de espiritualismo, porque su carácter es el subordinar los sentidos al espíritu y tender, por todos los medios que la razon aconseja, á elevar y engrandecer al hombre. Ella enseña la espiritualidad del alma, la libertad y la responsabilidad de las acciones humanas, la obligacion moral, la virtud desinteresada, la dignidad de la justicia, la belleza de la caridad, y mas allá de los límites de este mundo, prueba la existencia de un Dios, autor y tipo de la humanidad, que despues de haberle hecho evidentemente para un fin bueno, no le abandonará en el desenvolvimiento misterioso de su destino. Esta filosofía es la aliada de todas las buenas causas. Ella sostiene el sentimiento religioso, favorece las verdaderas artes, la poesía, digna de este nombre, la gran literatura; es el apoyo del derecho, rechaza igualmente la demagogia y la tiranía, enseña á todos los hombres á respetarse y amarse, y conduce poco á poco las sociedades humanas á la verdadera república, á ese sueño de todas las almas generosas, que en nuestros dias en Europa solo puede realizar la monarquía constitucional.»

:

Este ha sido el término de la carrera filosófica de Victor Cousin. No fué creador de ningún sistema, porque su alma jamás caminó por este rumbo; fué el propagador elocuente de todos los sistemas anti-empíricos, y desde el espiritualismo tímido de los filósofos escoceses hasta las elucubraciones mas subidas de los filósofos alemanes, no hubo matiz que no vistiera, no hubo color que no tomara, no hubo modificación que no hiciera suya, conmoviendo los ánimos, arrancando aplausos, y creando un movimiento filosófico hasta entonces desconocido, pero movimiento que, grabado con el sello de la incertidumbre en el llamamiento general de doctrinas antiguas y modernas, espiritualistas é idealistas, tuvo necesidad de tomar formas eclécticas, para que no significara nada, teniendo por término abjurar Cousin todas sus aspiraciones escéntricas, para fijar su alma en las verdades del sentido comun, que mas interesan á la humanidad bajo los auspicios del sistema psicológico.

JOUFFROY.

Cuando pasamos de Victor Cousin á Teodoro Jouffroy, la escena cambia absolutamente, en razon de los medios que emplearon para hacer populares las doctrinas escocesas. Cousin siempre activo, siempre elocuente, siempre entusiasta y ansioso de gloria, arrastraba á sus oyentes, sin dejarles tiempo para discurrir, yendo acompañadas sus mágicas palabras de los movimientos de su cuerpo, de sus miradas penetrantes, de sus gesticulaciones, pudiendo decirse, que hablaba con sus ojos, con sus manos, llevándole sus arrebatos á improvisaciones, que solo un genio puede producir, pero improvisaciones que reconocian por origen los sistemas conocidos, por ser mas erudito que filósofo. Sus escursiones por el vasto campo de la filosofia, desde Thales hasta Royer Collard, producian un maravilloso resultado, y sus oyentes,

absortos de tan inmensa erudicion, llegaron á creer realizable ante el tribunal de la razon el pensamiento de una nueva filosofía, compuesta de retazos de todos los sistemas conocidos. Todo cambió con la aparicion de Teodoro Jouffroy en la escena filosófica. Este hombre, débil de cuerpo hasta que llegó á una consuncion que le arrebató en lo mejor de sus años, pero dotado de una alma ardiente, reservada, profundamente pensativa y melancólica, no buscaba la gloria literaria en sus esplicaciones, no se proponia atraer y captarse los ánimos, sino producir el convencimiento, supliendo la elocuencia con el encadenamiento de sus ideas, que llevaban hasta la conviccion, y reconociendo, como única base para el progreso de las ciencias filosóficas, el sistema psicológico. En este terreno se encerró Jouffroy, y llegó á ser tan intenso su estudio en los fenómenos internos del alma, que dice en una de sus obras, que entregado dias y noches enteras al estudio de sus propios pensamientos, sin salir de su cámara, tan exclusiva y tan prolongada era la concentracion sobre el estudio de los hechos internos, en busca de la solucion de las cuestiones, que perdía absolutamnete el sentimiento del mundo exterior, y cuando entraba en él para comer y beber, le parecia, que salía del mundo de las realidades y pasaba al de las ilusiones y de los fantasmas. Jouffroy fué un verdadero filósofo, no fué como Cousin un propagador de sistemas, sino que se construyó por sí mismo su filosofía, y cuando se consagraba al estudio de los demás sistemas, era, como lo dice él mismo, para saber, donde estaban las cuestiones y no para obtener su solucion. Jouffroy, constantemente ensimismado, dirigió todos sus estudios sobre el conocimiento del yo, y creia, que era imposible los adelantamientos en la filosofía, si no tomaba por base la psicologia, y el gran mérito de todas sus obras está en las delicadísimas observaciones, que hace sobre el alma, en el juego de sus pasiones, de sus facultades, de sus ideas, dando tal claridad á la existencia de los hechos internos, que los hace palpables. Jouffroy es,

no solo el propagador del sistema psicológico, sino que reconcentrado en sí mismo, ha hecho ver las variaciones del pensamiento, el juego y mecanismo de la organización intelectual y las revoluciones de nuestra alma.

Este filósofo entrevió, y solo entrevió sin concebir un sistema, la unidad de las ciencias en el estudio que hizo de las relaciones que ligan los tipos primitivos, y no halló otro camino que el estudio del hombre por el hombre. Lo verdadero, lo bueno, lo bello, esta triada que en su inmensidad encierra todo el pensamiento de la humanidad y que viene á resolverse en el uno, reflejan en el alma y solo se dan á conocer en sus relaciones infinitas por el estudio del alma misma. Aquí se encierran todos los deberes, todas las esperanzas, todas las realidades, todas las bellezas, y quien penetre profundamente los misterios que encierra nuestro ser, se pone en el único camino de los descubrimientos, porque al mundo de los espíritus solo puede conducir el estudio de nuestro espíritu, por ser el único elemento en ese mundo, que es accesible á nosotros.

Firme en esta convicción, Jouffroy, demostró la necesidad de organizar la psicología, y para ello marcó los preliminares de la ciencia, definió su objeto, señaló sus divisiones, hizo conocer el valor de cada facultad y midió su certidumbre. La psicología absorbía toda su alma, porque solo su estudio podía llenar esa sima, en que después de dos mil años se habían sumido tantos sistemas filosóficos, por carecer de esta base y entregarse á la hipótesis. Y no se crea que este estudio sea imposible; Jouffroy demostró que el conocimiento que tenemos de los fenómenos del alma es mas real y mas positivo que el que tenemos de los fenómenos físicos de nuestro cuerpo, y que si para el estudio de los fenómenos sensibles hay un objeto que es el cuerpo, y un instrumento, que es la sensación, también en el estudio de los fenómenos internos hay un objeto, que es el alma, y un instrumento, que es la conciencia. ¿Quién duda que el estudio del

alma por sí misma aclara las nociones vagas, destruye las incompletas, descubre las falsas y pone el alma en disposición de recibir de lo alto el rayo de luz, que, según el testo divino, ilumina á todo hombre que viene á este mundo? Si el mundo físico está sometido á leyes fijas y constantes, desde los astros rutilantes que se mueven en sus inmensas órbitas hasta los cuerpos inanimados que obedecen á las leyes de repulsion y asimilacion, ¿cómo puede concebirse que el mundo moral, que está muy por cima del mundo físico, no esté sometido á las suyas? ¿Y qué facultad nos pone en la mano el hilo que haya de conducirnos á su descubrimiento, sino la psicología? Esta ciencia, base y fundamento de todas las demás, abraza un objeto real, que es el alma, tiene un instrumento verídico, que es la conciencia, es susceptible de descubrimientos sobre el mundo moral, y marchando Jouffroy sobre este terreno desenvuelve admirables analisis sobre la idea del bien en sus *Prolegómenos del derecho natural*, la idea de lo bello en su *Curso de estética* y otros muchos fenómenos internos, que han sido objeto de los mas profundos estudios de este filósofo admirable.

De aqui nació su empeño de dar á conocer las doctrinas de los filósofos escoceses con la publicacion que hizo de las principales obras de Reid y Dugald Stewart. En el prefacio de la primera presenta un cuadro interesante de los principios fundamentales de esta escuela, sobre los cuales deben cimentarse las ciencias filosóficas en lo sucesivo. Descartes fué quizá el primero que tiró la linea divisoria que separa ambos mundos, el mundo visible y el mundo racional, el espíritu y la materia, el alma y el cuerpo, é hizo conocer la necesidad del estudio de algunos hechos internos para resolver las mas altas cuestiones metafísicas, pero Descartes solo vislumbró la idea de la ciencia del espíritu, y los filósofos escoceses, dice Jouffroy, hicieron mas, porque hicieron conocer que hay real y efectivamente esta ciencia, que es una ciencia de hechos como la física, con la ventaja de ser los

hechos que la constituyen de un orden mas elevado que los hechos físicos, como que afectan á la parte intelectual y moral y sirven de fundamento para descubrir las obras de Dios. Los escoceses han impreso en todos los espíritus la idea de que hay una ciencia de observacion, una ciencia de hechos, á la manera que lo entienden los físicos, que tiene el espíritu humano por objeto, y el sentido íntimo por instrumento, y cuyo resultado debe ser la determinación de las leyes del espíritu, como en las ciencias físicas es la determinacion de las leyes de la materia.

Otra ventaja que proporcionaron los filósofos escoceses, dice Jouffroy, fué la de haber sentado como principio que el conocimiento del espíritu humano y de sus leyes es la condicion de solucion de la mayor parte de las cuestiones filosóficas, deduciéndose de aqui, que las ciencias filosóficas dependen de la psicología, porque todas reconocen como centro de unidad los fenómenos espirituales, que solo el estudio de la psicología puede dar á conocer, y que es lo que las distingue de las ciencias físicas. Este es el gran principio que campea en toda la filosofía escocesa, no solo reconociéndole sino practicándole, queriendo explicar las cuestiones por el estudio de las leyes de la naturaleza espiritual, y teniendo por base y fundamento de las ciencias filosóficas la psicología ó el estudio del yo por el yo mismo.

A juicio de Jouffroy otro gran beneficio ha resultado á las ciencias filosóficas por los trabajos de la escuela escocesa. Generalmente se ha creido que la filosofía era una ciencia aparte, una ciencia especial, de un carácter extraordinario y único, que sondeando las bases de las demás ciencias y elevándose á los principios de todas, designa las indagaciones que tienen por objeto el método, los límites, el criterio de verdad y el grado de certidumbre de estas ciencias, y en este sentido se dice que todas las ciencias tienen su filosofía. Pues los filósofos escoceses han destruido esta preocupacion, sentando por base la asimilacion com-

pleta de las indagaciones filosóficas y de las indagaciones físicas, fundándose en el principio de que las unas y las otras tienen igualmente por objeto el conocimiento de una parte de las obras de Dios, y que no hay dos maneras de conocerlas, sino una sola, que se aplica á la solucion de las cuestiones filosóficas como á la de las cuestiones físicas. Para ellos esta asimilacion es patente, porque sentado como principio que la ciencia del espíritu es una ciencia de hechos como las ciencias físicas y que en el estudio de estos hechos se encuentra la solucion de todas las cuestiones filosóficas, es claro, que la obra de Dios se revela por dos órdenes de fenómenos, que son los espirituales y los materiales, y que la observacion de estos dos órdenes de fenómenos, auxiliada de las concepciones de la razon, para hacerla patente y descubrir sus leyes, es el único medio de dar solucion á todas las cuestiones que en el orden físico y en el orden espiritual se susciten en nuestra inteligencia, resultando de aqui que el procedimiento en uno y otro caso es el mismo, que es la observacion de los hechos espirituales en las ciencias filosóficas, y de los hechos físicos en las ciencias naturales, auxiliada en ambos casos por las concepciones de la razon, para resolver cuantas cuestiones se presenten en ambos rumbos.

Jouffroy se presenta decidido partidario de las doctrinas escocesas y tiene la íntima conviccion de que, asi como los grandes progresos que las ciencias naturales han hecho de un siglo á esta parte, son debidos á la máxima sentada por Bacon, de estudiar los hechos, descubrir por el estudio de los hechos sus leyes, siguiendo rigurosamente el método inductivo, ó como decia este filósofo, caminando con plomo y no con alas, asi las ciencias filosóficas debian, ni mas ni menos, seguir el mismo método aplicado al estudio del espíritu, base y fundamento de todas las ciencias filosóficas, siendo por consiguiente la psicología la raiz y fundamento del saber humano.

Jouffroy se propuso encarrilar á la Francia por este sistema

filosófico en contraposición de los sistemas alemanes, que ya invadían aquel país, contribuyendo á ello no poco las lecciones de Mr. Cousin, y aunque á su alrededor se hacían sentir las objeciones que se dirigían contra esta escuela por su timidez y su estrechez de miras, reduciendo el campo de la filosofía á la pura observación, sin dar á las concepciones racionales toda la importancia que se merecen, Jouffroy lo rechazaba poniendo por testigo su conciencia y sus obras, cimentadas constantemente en las concepciones puras de la razón, sirviéndolas de base la observación psicológica.

Mr. Jouffroy, silencioso, ensimismado, profunda y habitualmente triste por la pobreza de su organización física, que le llevaba á una consunción irremediable, y por el resentimiento que habían sufrido las creencias católicas en una alma que no podía vivir sin creencias, y el estudio asiduo y constante de los fenómenos espirituales en sí mismo, lo que le mantenía en un estado habitual de concentración y de trabajo irresistibles, todo anunciaba su fin próximo, á pesar de hallarse en su mejor edad, y como presintiéndolo decía, poco antes de morir, á sus discípulos, en una distribución de premios. «La subida de la vida os oculta su bajada del otro lado; de sus dos pendientes no conocéis mas que una, que es por la que subís. Ella es risueña, es bella, es perfumada como la primavera. No os es dado, como á nosotros, contemplar la otra con su aspecto melancólico, el pálido sol que la ilumina, y la ribera helada que la termina. Si tenemos la frente triste es porque la vemos.» Mr. Jouffroy falleció muy luego á los cuarenta y seis años de edad, perdiendo la Francia uno de sus mas distinguidos hijos, y la filosofía uno de los psicólogos mas grandes que ha producido el siglo XIX.

ECLECTISMO MODERNO.

No es posible tocar esta parte de la filosofía moderna sin fijar el principal carácter de la filosofía del siglo XVIII y el resultado que produjo en el siglo XIX. El siglo XVIII, según vimos en la primera parte, fué un siglo de destrucción, siendo la base de todo la desconfianza, y el instrumento la crítica, y á la sombra de no reconocer otro fundamento de verdad que la observación sensible, todo fué sometido al análisis, sin dar entrada ni á las aspiraciones del corazón, ni á los arranques del entusiasmo, ni á las expansiones del sentimiento, sin mas bases que el razonamiento y la crítica. Cuando se vió concluida esta destrucción y solo se vieron ruinas por todas partes, y se advirtió la ilusión padecida, de creer que el destruir era edificar, cuando se advirtió el vacío horrible que deja la falta de creencias positivas, cuando todo aquel siglo habia dado por definitivo producto el *Tratado de la sensación y la lengua de los cálculos*, entonces el partido del sentimiento, iniciado por la Profesión de fé del vicario saboyardo, desplegó todas sus galas y aparecieron en la escena las encantadoras descripciones de la naturaleza por la delicada pluma de Saint Pierre, las tiernas emociones del alma por la entusiasta Mad. Staél, y la magnífica epopeya del cristianismo, presentada en relieve por la enérgica pluma de Chateaubriand.

Mientras el sentimiento invadía de esta manera el campo del sensualismo, se veía este trabajado y minado en su mismo corazón por los que se reconocían sus adictos. Desde que La Romigiere substituyó á la sensación la atención, facultad de la inteligencia, y Maine de Biran reconoció un principio activo incompatible con el sistema condillarista, y De-Gerando extendió sus indagaciones sobre la historia, abandonando los estre-

chos límites de la sensacion, y Jouffroy penetró las intimidades del ser, para reconocer un principio activo, se vió profundamente conmovido el sensualismo sin dejar piedra sobre piedra del edificio levantado por Condillac. A esta destruccion contribuyeron tambien las universidades de Escocia y Alemania. No pudiendo conciliar los sábios de la primera los principios morales con la sensacion, como único origen de ideas, fueron recorriendo desde la simpatía de Smith hasta el racionalismo tímido de Stewart, y la importacion en Francia de estas doctrinas por Royer Collard acabó por completar estas nuevas influencias. Estrechadas las relaciones de Mr. Cousin con Hegel, aparecieron en aquel pais por primera vez popularizadas, las doctrinas alemanas, y aquel filósofo con su elocuencia proclamó el triunfo de la razon intuitiva sobre las mezquinas concepciones sensualistas. De esta manera se vió en principios del presente siglo dividido el campo de la filosofía en tres grandes fracciones, teniendo por bandera, una la sensacion, otra el sentimiento, y otra la razon intuitiva, con sus tiendas, sus armas y sus adalides para pelear y sostener sus respectivas pretensiones.

La Francia se habia hecho el teatro, donde se desenvolvian á la par todas las doctrinas, y como si hubiera de tener lugar un juicio universal de todas las creencias humanas, se vieron renovadas al mismo tiempo las aspiraciones idealistas de Platon, el misticismo semiorienta! de Proclo, el espiritualismo galante de Descartes, Bossuet y Mallebranche, las elucubraciones debidas á tantos sabios orientalistas, la exegesis alemana, que ha descubierto los laberintos de civilizaciones desconocidas, y los grandes trabajos de todos los filósofos modernos, que apoyados por el poderoso auxilio de la historia, y llevando su crítica á una altura que fué desconocida de Bossuet, y no bien interpretada por Voltaire, se les vió vagar por el inmenso campo de la ciencia, buscando unos sus principios en la revelacion, otros en la razon, otros en la historia, valiéndose para ello ya de la poesia, ya de

la religion, ya de la ciencia, siendo el tema comun la *humanidad*, que todos han querido mejorar, desde el dogmatismo absoluto de Bonald hasta las funestas teorías de Proudhon.

Todos los siglos han tenido un carácter determinado, debido al genio de un hombre, que en cada época y en cada siglo ha sabido encarrilar los espíritus, para darles una direccion determinada, y asi con razon se dice el siglo de Bacon, el siglo de Descartes, el siglo de Locke. Sin embargo, hay épocas de transicion y de combates, donde acumulándose doctrinas opuestas, y sacudiéndose del principio de autoridad en materia de ciencia, presenta la humanidad la imágen del caos. Los esfuerzos que en los primeros siglos del cristianismo hizo la escuela alejandrina, amalgamando el mundo griego y el mundo oriental, la religion y la filosofia; la aparicion de los sistemas griegos y romanos en el renacimiento, en pugna con las creencias religiosas reinantes; y el cuadro que presenta el siglo XIX, en el que campean el dogmatismo, el idealismo, el racionalismo, el escepticismo bajo mil formas y colores, son las tres épocas que presentan un mismo carácter, y que, por efecto del choque de tantas opiniones y de la insubordinacion con que se presentan, han sido y son en su fondo escépticas, si bien en su forma se las ha querido revestir con el traje de eclécticas.

Se ha proclamado el eclecticismo en el siglo XIX, y la elocuencia de Mr. Cousin, aprovechándose de las circunstancias accidentales de la situacion política de su pais, para enlazar la causa de la filosofia con la causa de la libertad, llegó á conseguir, que el eclecticismo, en la revolucion de 1830, se sentara en el trono, y se convirtiera en la filosofia oficial, dando asi un rumbo determinado á las ideas que vagaban en tantas direcciones. Pero el eclecticismo no es un sistema, el eclecticismo no es mas que una transaccion con todos los sistemas conocidos, es la entresaca de lo que en cada uno justifiquen la observacion, el razonamiento y la crítica, y esto mismo hace ver, que es un sistema sin bandera y

sin pensamiento creador, y donde falta un pensamiento creador, no puede haber entusiasmo. Puede un hombre de talento temblar por algun tiempo la bandera del eclecticismo, y alucinar con su elocuencia, hasta el punto de hacer creer, que es una realidad, que es una filosofía; pero esta ilusion desaparece, desde que, pasada aquella ráfaga, se entra en condiciones ordinarias, y lo que en manos de aquel hombre, á fuerza de una crítica delicada y una variedad esquisita, pudo sostenerse á la altura de un verdadero eclecticismo, tiene que degenerar en manos subalternas y en talentos de segundo orden, en un sincretismo miserable, que es el mas terrible enemigo de la verdadera filosofía. ¿Qué significa adoptar lo mejor de cada sistema, que es la máxima fundamental del eclecticismo? ¿Dónde está el punto de apoyo, donde la regla de los sistemas fuera de los sistemas mismos, que sirva de criterio para la respectiva calificacion? cuando se entra aunistiéndolo todo, se pierde el entusiasmo por un principio, el sentimiento de la historia, el amor á la ciencia, y donde falta la fé, no puede haber la energía y firmeza que necesita el alma para sostener una doctrina. Enhorabuena que se sometan á un exámen severo y crítico todos los sistemas, sin que puedan menos de someterse, pero reconociendo como base uno, que sirva de cimiento al edificio, que se intente levantar, y este uno que sea el indicado por Sócrates, proclamado por Descartes, y desenvuelto por la escuela escocesa, que es el estudio del hombre por el hombre mismo, como punto de partida, para todas las indagaciones filosóficas, desde los fenómenos mas groseros de la sensacion hasta las mas encumbradas cuestiones ontológicas. El mismo Cousin últimamente decia:—«hay algo mas que debe ponerse por cima de la historia de la filosofía, y, por consiguiente, del eclecticismo.» Es de la mayor utilidad discernir bien en cada sistema lo que tiene de verdadero y lo que tiene de falso, y para ello es preciso saber ya, cual es la verdad, lo que exige principios fijos y preconcebidos. El eclecticismo es un absurdo de los tiempos mo-

dernos. Para aprovecharse de la historia no es necesario ser ecléctico. Dios os libre, jóvenes, del eclecticismo que dista un paso del sincretismo que es la sima en que se hundió la escuela doctrinaria por su empeño de querer convertir los hechos en principios cuando los separa un abismo.
